

# ATRINCHERADO EN EL BULLICIO

Gloria Lucía Sierra A.

*“El cuerpo del niño es el lenguaje de la  
historia de sus padres”*

*Françoise Dolto*

## La Presentación

Juan se acerca una mañana cualquiera del mes de febrero del año 2003, viene brincando al lado de su madre a quien, en una fracción de segundo, abraza, insulta, despeina, toca, grita, acaricia. En este marco se inscribe nuestro primer encuentro con ambos.

Mire doctora, dice Rosa, ahí tiene a Juan, vea como es de empalagoso, no se lo aguanta nadie, por eso vine a ver si me lo internan. Me preocupa que en la calle me lo dañen, que lo pise un carro, que se vuelva

homosexual, eso en mi familia nunca ha pasado. Este niño es tremendo, estoy luchando con él desde que quedé embarazada porque me falló el dispositivo, lo peor es que su padre no sirve para nada, no aporta lo suficiente y no se preocupa por su hijo.

En la escuela le van a quitar el puesto, lleva tres primeros perdidos y su disciplina es pésima. Ya lo llevé donde el neurólogo, me dijo que era hiperactivo y que tenía trastorno de atención. Le mandó droga y todo, pero parece que no le sirve; yo ya no sé qué camino tomar.

Juan interrumpe a su madre con una vocecita que sale de su rostro exaltado. “Es que soy loco”, dice, a lo que la madre responde: “sí doctora, este muchacho es como loco, todo lo embarra, fíjese que ya ensució el cuaderno en la escuela nueva, ahora me lo echan como de todas partes, a él nadie lo quiere.”

## **La Familia**

Juan es el menor de tres hermanos. Óscar, el mayor, no quiso estudiar, se la pasa recorriendo las calles con su grabadora, y en ocasiones cuando le resulta, es ayudante de albañilería. Luego viene “Nana”, la niña de la casa, “con ella la cosa es difícil”, dice la madre, “se me va con los novios me toca pelarla”. Juan la quiere mucho, a veces la espía cuando se baña. En ocasiones se pone su ropa interior y desfila

con ella. Nana se enoja, “este muchacho sí que es raro”, dice, sin embargo lo quiere; de eso hablan sus ojos cuando lo mira.

A sus 15 años “Nana” en los próximos meses será mamá, parece que las sanciones de Rosa no surtieron efecto ni con Nana ni con Óscar. ¿Qué sería lo que produjeron en Juan?

Hernando, el padre, en la actualidad vende solteritas, antes vendía agua o helados, o trabajaba en construcciones. Su sueldo nunca ha alcanzado para las necesidades de la casa. Cada noche llega tarde, después de tomarse unos tragos. “A ese también me toca pelarlo”, dice Rosa. “Si sigue así es mejor que se vaya, ¿no ve que no sirve para nada?”

Contrario al papel, casi borrado, que desempeña el padre en esta familia, Rosa, la madre, es una mujer fuerte, su voz decidida y gran corpulencia evocan la imagen de la matrona que controla y dirige el destino familiar. Pero en este caso algo no va en la transmisión de esa madre. Ni sus hijos, ni su esposo se acercan a sus ideales; más bien terminan, por una razón desconocida, fracasando de algún modo. Rosa trabaja y trabaja, se preocupa por todos menos por sí misma. Su abdomen y la gran protuberancia que emerge de él, delatan un sufrimiento no puesto en palabras. Una hernia mortifica la vida de Rosa casi tanto como lo hace su hijo Juan desde el preciso momento en que lo concibió.

## **El Tratamiento**

Lo primero que hace Juan cuando entra al consultorio es exhibirme su condición de loco, se mueve y toma todo lo que encuentra a su alcance. Grita, salta, corre y se sube a las mesas. Un hallazgo repentino detiene su acelerado ritmo: al abrir un armario descubre un cesto que contiene disfraces. De inmediato empieza a probárselos, los elegidos son aquéllos que lo convierten en una mujer.

Vestido con sombrero, traje, collares y cartera, Juan recorre el territorio no sólo del consultorio sino de toda la sede en la que funciona el Externado de la Corporación<sup>1</sup>. Pareciera imponérsele la necesidad de que sea conocido por todos, que él además de ser loco se presenta como mujer.

Ante esta situación yo, que asumo el caso como analista, no digo nada, sólo observo. Él, por su lado, mira de reojo de vez en cuando, esperando seguramente una sanción de mi parte. En ese punto a un analista le corresponde inaugurar con el sujeto, a quien atiende, una relación conocida con el nombre de transferencia.

En la transferencia el analista se ubica en un lugar distinto, de excepción, respecto al modo como vive el sujeto su vínculo con los demás.

En este caso mi respuesta tenía que transmitirle a

---

<sup>1</sup> Corporación Ser Especial Sede Medellín.

Juan que él para mí no era un loco, ni una mujer; que en esos lugares yo no lo iba a reconocer y que por tanto conduciéndose como tal, no iba a obtener de mí ni siquiera una sanción.

Como resultado de la estrategia obtuve lo que esperaba, Juan poco a poco fue virando su atención a otros objetos que había en el consultorio y su actividad excesiva se fue centrando en el juego. Así se inició el segundo momento del trabajo.

## **El Juego**

En esas primeras sesiones el niño toma la iniciativa, se acerca desde el comienzo con confianza, pero en una actitud indagatoria. Me refiero a que me observa y mide sus posibilidades en ese espacio. Me toca, toma mis lápices, se acerca, se aleja, registra los cajones, se cerciora del lugar en el que la madre lo espera. Yo lo observo, escribo y nombro lo que hace.

El primer juego que me propone consiste en que lo encierre en el armario. La condición principal es que le abra cuando él toque desde adentro. Yo accedo y cumplo a cabalidad lo prometido; el niño respira aliviado y plantea la segunda versión del juego. Ahora soy yo la que debo entrar al armario confiando en que él me abrirá cuando se lo indique. Lo hacemos y le damos lugar, de paso, a la última modalidad en

la que los dos nos encerramos, asegurándonos de tener la llave con nosotros.

Este juego para mí tiene mucho valor, creo que con él se observa cómo la transferencia ha sido instalada. Mi interpretación al respecto es la siguiente: Cuando me pide que lo encierre está calculando si puede o no confiar en mí, si no lo dejaré encerrado, como a menudo lo han hecho muchos en respuesta a su mal comportamiento. Al momento de encerrarme me parece que averigua la versión que tengo de él, si creo que es un loco, entonces no me dejaré encerrar.

La conclusión se observa en el tercer momento, en que nos encerramos los dos, sabiendo de antemano que hay un recurso para salir del encierro. Leo en su propuesta una autorización de su parte para iniciar el trabajo, para acompañarlo en una travesía en la que el estatuto de “loco” ya no le servirá más para defenderse.

El juego del armario deriva en otro que a mí me parece tener el mismo contenido: consiste en que lo secuestre. “Que usted era mi secuestradora”, propone, pero en medio del gran escándalo con que ambienta el secuestro, gritos, carreras, lamentos, termina haciendo un llamado que se escucha más allá del juego mismo: “enciérreme”, “yo quiero amanecer aquí”. Sus palabras me remiten a un pedido insistente que me hizo en las primeras entrevistas: “yo quiero que me internen”.

Deduzco entonces que entre el “intérneme” y el “enciérreme” hay una demanda: “sepáreme”; y que en el juego del armario me confiere algo que puede ser leído entre líneas como un “creo que con usted puedo separarme”. ¿Pero separarse de qué? Podrían ustedes preguntarse: veremos a continuación lo que señala al respecto el segundo juego.

De los juguetes que hay en el consultorio, el niño elige una muñeca que convierte en su bebé. En este juego Juan encarna de forma clara la versión que tiene de su madre. De esta manera puede expresar afectos que con las palabras no logra nombrar, bien sea porque éstas no alcanzan, o porque implican tanto dolor que desaparecen antes de ser pronunciadas.

El juego inicia con el embarazo, Juan representa a una madre en trabajo de parto, llora, grita, pide los pañales, todo en medio de un gran escándalo. El parto es sangriento y doloroso, pero sobre todo nos muestra a una mujer “fuera de sí”, en otras palabras, a la madre loca.

En un segundo momento el juego se sitúa en el cuidado del bebé. Allí vemos a una madre extremadamente dedicada en unas ocasiones y sorpresivamente agresiva en otras. Besa y cuida con cariño, pero irrumpe en un precipitado descontrol que la lleva a tirar al bebé contra una pared; a decirle “me **enloqueces**”, “me provoca **matarte**”. La ambivalencia entre el amor y el odio que capta

el niño en su madre es lo que en pocas palabras se extrae de este momento del juego. Una madre que oscila entre la abnegación y la impaciencia se ilustra con gran precisión respecto a lo que se evidencia en la realidad.

En el último momento del juego el niño me incluye como una amiga que le ayuda a cuidar al bebé. Me lo entrega con muchas recomendaciones y se va a trabajar en medio de la extravagancia que le es propia a una mujer, en la versión que el niño tiene de ésta.

La lectura que puede hacerse de este juego es correspondiente a lo que se escucha de Juan cuando habla de su madre. Casi siempre se refiere a ella con cariño, exaltando su sacrificio por sacar a la familia adelante. Dice quererla mucho, pero no logra contener expresiones en las que manifiesta que le da asco, que es una perra, una rellena, una marrana.

Cuando nombra esto último de inmediato dice “mentiras, eso no se hace, yo lloro por ella cuando se enferma, ella se preocupa mucho por todos, ella es la que se **mata**”.

El último elemento que citaré del análisis del juego de la muñeca está referido a la transferencia. La lectura es literal, Juan resalta que su madre a pesar de loca y ambivalente, es una mujer que sabe pedir ayuda, como de hecho lo hace cuando lo lleva a la Corporación. Este elemento es importante porque significa que el niño detecta en la madre un punto de sensatez, un punto de detenimiento, en el que

puede salvarse de esa “**marrana**” que todo puede tragárselo.

“Ayúdeme a cuidar al bebé”, demanda extraída del juego, reitera la transferencia ya instalada con la analista.

### **El Dibujo**

Diagnosticar a Juan como hiperactivo no es una tarea que requiera de mucha investigación, basta con verlo y a primera vista resalta la gran actividad que evidencia su cuerpo. Hay algo que aparece en el niño como un imperativo que le obliga a hacer cosas que requieren mucho movimiento, que produzcan además mucho ruido, no exclusivamente en la acepción del sonido, sino más bien del alboroto, del exceso. Es como si al hacer todo un escándalo él se protegiera de aquello que no soporta, de algo que lo sobrepasa y a lo que no sabe cómo responder.

La hiperactividad del niño en el consultorio, después de los primeros meses, empieza a reducirse considerablemente. El juego, que ofreció el primer territorio para el trabajo clínico, no es ajeno a este efecto de cierto apaciguamiento. Esta condición nos permitió acceder al dibujo como nuevo medio en el proceso. Quisiera no dejar de resaltar el valor que ha tenido esta forma de expresión como herramienta en el trabajo.

Si se observan desde el inicio los dibujos que en dos años y medio ha realizado el niño, podemos

deducir una lógica de la cura, y extraer en el ejercicio elementos clínicos de inigualable rendimiento para la interpretación.

Creo que con el juego y con el dibujo los niños expresan verdades que en la lectura de su subjetividad son valiosísimas. Basta con estar atentos, tratar de encontrar el hilo que conduce la historia íntima del niño y no intentar orientar el trabajo desde objetivos pedagógicos o morales.

Esto no es un terreno apto sólo para psicólogos, psiquiatras o psicoanalistas; lo es también para padres, maestros y terapeutas, que accedan a escuchar y respetar esa versión, muchas veces oculta, que tiene un niño de su mundo.

Con lo dicho, volvamos al caso. La producción de dibujos de Juan es amplia, por lo que me veo en la necesidad de privilegiar los que, a mi juicio, develan los movimientos subjetivos más importantes.

Una de las conductas de su hijo que más inquietan a Rosa es su constante tendencia a usar ropa y accesorios femeninos, y más allá de eso, la feminización que en su gestualidad era bastante evidente. A lo anterior se sumaba la preocupación por las visitas que el niño realizaba a un anciano del barrio con reputación de homosexual.

Los primeros dibujos del niño representaban escenas cotidianas en las que casi siempre estaban presentes

los miembros de su familia. Esto es bastante común en los dibujos infantiles, pero los de Juan tenían una particularidad: en ellos eran constantes los equívocos en el uso de los elementos gráficos que diferencian a hombres de mujeres. Esto último sobre todo cuando se dibujaba a sí mismo.

Reiteradamente aparecía con falda o cabello largo, detalles que corregía rápidamente cuando se percataba del error. Sin embargo había una falta que de ninguna manera registraba al revisar la versión final del dibujo. Se trataba de su rostro: éste aparecía vacío en contraste con el de los demás, en los que estaban bien definidos ojos, boca y demás facciones. ¿Entonces qué denunciaban estas omisiones en el dibujo?

Es muy claro que nos hablan de la dificultad en la elección sexual del niño; Juan aún no lograba construir un rostro masculino para sí mismo. Lo que se observaba más bien era una identificación a la madre que anudaba el significante loco al de mujer. De esta manera el niño se nos presentaba como afeminado e hiperactivo; pero no es de extrañar que se produjera esta particularidad en la subjetividad de Juan. En su familia los hombres estaban tachados, eran débiles e inútiles. Las mujeres, en cambio, tenían su protagonismo. De una manera muy peculiar y siempre ligada al exceso, Rosa y Nana encarnaban un lugar de mayor potencia que el niño identificaba claramente.

El dispositivo clínico se dirigió, en consecuencia,

a trabajar la construcción de un rostro propio y masculino para Juan. La posición de la analista era neutral, le ofrecía el semblante de una mujer tranquila, que a diferencia de la madre, esperaba al niño y le reconocía en un lugar distinto.

Después de un par de meses y con motivo de la Semana Santa, Juan hace un dibujo en el que incluye a Jesús crucificado. Esta imagen le sirve para nombrar algo que produce un efecto incalculado en la identificación sexual del niño. Dice: “éste es Jesús, parece una mujer, pero es un hombre”, y agrega: “y carga una cruz”.

Esta afirmación pareciera no tener mayor importancia, pero sí la tiene; de eso da cuenta el movimiento que se produce en el psiquismo del niño a partir de este momento, y que es observado retroactivamente en el proceso clínico. La imagen de Jesús le ofrece una solución a la indeterminación sexual en la que el niño se encuentra. Él mismo parece una mujer pero no lo es, es un hombre, pero además cargando una cruz como Jesús. Podríamos decir que se formula una versión de lo masculino muy cercana, entre otras cosas, a su padre. Un hombre que carga su cruz, un hombre sacrificado.

Obtenido el rostro, se empiezan a observar una serie de cambios en las conductas del niño que reiteran el valor de esta conquista subjetiva. Su apariencia se modifica visiblemente, desaparecen

la gestualidad y el uso de prendas femeninas; incluye en cambio en su atuendo y dibujos insignias masculinas como corbatas y gafas. En la escuela dejan de quejarse de su mal comportamiento y su rendimiento escolar mejora sustancialmente. Al parecer el desanudamiento de la fórmula mujer-locos nos devuelve a un niño varón y cada vez más inscrito en los límites sociales.

### **La Hiperactividad**

En la actualidad Juan continúa asistiendo a la consulta. Hace poco trajo sus calificaciones para enseñármelas. En cada una de las áreas, incluidas la disciplina y la conducta, obtuvo un excelente. ¿Qué pasó entonces con la hiperactividad? En este punto vale dejar abierta una reflexión respecto a lo que entendemos por esta patología, tan diagnosticada en este tiempo.

La verdad es que el niño sigue presentando en su cuerpo una gran actividad que casi no puede contener. Pero cuando está concentrado en algo que le interesa realmente esa angustia corporal desaparece. Hasta el momento no se le han detectado alteraciones neurológicas que expliquen las conductas que lo señalan como “niño problema”. Lo anterior permite pensar que no es en el organismo donde se localiza el trastorno. ¿Qué será entonces lo que origina el desorden motriz de Juan? Veremos lo que nos permite observar el caso a partir de la lectura de la subjetividad del niño.

Como hemos visto, Juan llega a su familia por una

falla en el dispositivo, lo que origina una lucha nombrada por la madre y vinculada desde el principio a la existencia del niño. El origen queda así marcado por la “lucha” en el lugar donde debería estar “el deseo”. El padre no ofrece otra condición distinta. En su posición borrada y plegada a los designios de su esposa, vive su paternidad en silencio, sin acercarse a su hijo ni para bien ni para mal.

La función que conviene a un padre en la estructuración del psiquismo de su hijo consiste en separar al niño mismo de la satisfacción sin límite que le provee la madre, para instalarlo de este modo en la ley. Esta satisfacción no contiene sólo placer, en ella se incluyen además vínculos que encierran en lo más íntimo una dosis de destrucción. Este caso nos ilustra bien este punto. Rosa en su relación con Juan provee el amor, pero a la vez el rechazo de un niño que viene a su vida a exigirle una lucha que no estaba buscando. Esta ambigüedad es leída por el niño desde su más temprana edad y genera en él una angustia de la que no puede separarse. Una ley transmitida por el padre le aportaría recursos para hacerlo, pero como ya sabemos, este padre no encarna esa función.

Lo que se produce como consecuencia del lugar que Juan viene a ocupar en el deseo de sus padres es una imposibilidad de separarse, que se observa en la angustia tramitada en el cuerpo a través de la hiperactividad. La hiperactividad no es, sin embargo, el único síntoma o indicio que nos permite plantear

esta hipótesis.

Tanto en el dibujo como en la escritura puede detectarse la dificultad que Juan presenta para establecer separaciones. En la escritura junta palabras o las separa donde no es; inserta, incluso en medio de dos términos, otro separado del contexto que viene construyendo.

En el dibujo hay una insistencia notoria en dividir con muros y casas las separaciones que corresponden a categorías imaginarias. Es decir, requiere poner lo concreto allí donde no tiene recursos para separar simbólicamente. Se observa, por ejemplo, en una casa los hombres y en otra las mujeres; en un espacio los que quiere y en otro separado con líneas los que no quiere. En fin, el énfasis es tan evidente que se devela como defensa de aquello que es estructuralmente frágil.

El juego del armario, si bien lo recuerdan, acompañado del pedido reiterativo de *intérneme* y *enciérreme*, no son más que una demanda que hace a un otro externo sobre aquello que no es capaz de construir subjetivamente, la separación.

La hiperactividad se plantea en esta lógica como síntoma en el cuerpo de una angustia que no logra ser tramitada en lo simbólico y que aparece por tanto desbordada en este fenómeno.

Por ahora el niño se reconoce a sí mismo como

hiperactivo, éste es el nombre con que se inscribe en el medio y que de alguna manera le permite ocupar un lugar en su familia y su comunidad.

El dispositivo clínico le ha posibilitado a Juan obtener muchos recursos que favorecen su rendimiento escolar y su comportamiento. Sin embargo, la angustia sigue invadiendo su cuerpo.

La apuesta clínica consiste ahora en acompañar al niño en la construcción de una nueva manera de tramitar esta angustia. Ya sabemos que es con la hiperactividad que el niño se defiende de ella, pero también podemos aspirar a que conquiste otra forma de estar en el mundo que le permita un vínculo social con más posibilidades para su vida.